

Ibáñez también lo mira
con indiferencia torva.
Apoyado está en un tronco,
asida una mano á otra,
y en una almena los ojos
que ruina amenaza pronta.
Al fin de afanosa lucha
desesperada y dudosa,
cayó en el foso la almena;
y tras de la piedra rota
quedó una ventana, en donde,
como ilusión dolorosa,
los brazos al cielo tienden
por la reja dos personas.
No se sienten sus lamentos,
ni se alcanza de su forma
más que la expresión horrible
en su profunda congoja.
Llamas voraces les cercan
en irresistible tropa,
de cuya rabia es inútil
implorar misericordia.
La inmensa torre rodean,
puertas y muros devoran,
y ¿cómo esperar perdón
de quien ni piedras perdona?
Una llamarada inmensa
la cerró en sus pliegues toda,
y se borró para siempre
la aparición congojosa.

Dejó la ribera Ibáñez,
y al despuntar de la aurora,
á todo escape, en un potro,
valle y castillo abandona.

Del espléndido palacio
que ocupa en Valladolid
el rey don Juan el segundo,
ya de su reinado al fin,
están recordando alegres
su antigua amistad pueril
dos bizarros cortesanos
en oculto camarín.
Y en el continuo abrazarse
y en el continuo reir,
se ve que en hallarse tienen
satisfacción infantil,

y que cada cual se goza
la ajena historia en oír,
como en recordar la suya,
tal vez triste para sí.
Están en el propio punto
en que, de entrambas al fin,
tornan á identificarse
y su gozo á repetir.

DON RODRIGO

¿Conque ¡voto á Belcebú!
aquel antiguo soldado
que tanto lidió á mi lado
por mejor causa, eres tú?

IBÁÑEZ

Yo mismo sin duda alguna:
aquel Ibáñez soy yo.

DON RODRIGO

Mucho á entrambos acudió
compasiva la fortuna.

IBÁÑEZ

Compáranla á una veleta
por tan inconstante ser.

DON RODRIGO

Dejara de ser mujer
fortuna, á no ser inquieta.
Mas otro abrazo me da,
que aun dudo si estoy soñando.

IBÁÑEZ

Abrazos te iré yo dando
si éste te despertará.

DON RODRIGO

Mas ¡por Dios! que rico te hallo,
Ibáñez, y, á lo que veo,
no ayudó mal tu deseo
tu lanza con tu caballo;
pues si no me acuerdo mal,
era tu única riqueza.

IBÁÑEZ

Expatrióse mi pobreza
merced al favor Real.
Dijeron de mi valor
No sé qué, y conde me hicieron.

DON RODRIGO

Bien con tu valor cumplieron.

IBÁÑEZ

No, sino con mi favor.
Debióme la vida el Rey
en Navarra, y no fué más.

DON RODRIGO

¡Oh! Pues ¡voto á Barrabás,
que fueron hombres de ley!
Y ¿qué hacen, viéndote rico,
esos parientes hambrientos?

IBÁÑEZ

Don Pedro llaman atentos
al que llamaban Perico.
Yo les dispense el cumplido
y les abrazo cortés.
Pídenme, niego, y después,
se van por donde han venido.
Pero á ti, por vida mía,
que tampoco mal te fué.

DON RODRIGO

Tanto, Ibáñez, porfié,
que salí con mi porfía.
No me tocó, como á ti,
condado ni valimiento;
pero en oro puro cuento
cuanto basta para mí.

IBÁÑEZ

Y á bien que si la memoria,
de tu ambición no me engaña,
no te basta toda España.

DON RODRIGO

Aquí paz, y después gloria.
Poseo lo que me basta
para tener envidiosos,
amigos menesterosos
y una numerosa casta.
Aturdido me dejaron
á mi vuelta tales gentes;
no sé cuándo mis parientes
así se multiplicaron.

IBÁÑEZ

Y ¿consiguen de su afán....

DON RODRIGO

Lo que los tuyos de ti:
pídenme, niego, y así,
por donde vienen se van.

IBÁÑEZ

¡Justo! Así, beso por beso
y puñada por puñada.

DON RODRIGO

Cual ella me fué obligada,
por mi gente me intereso.
Pero bien está, y responde:
¿En qué tu amor se quedó?
¿En humo se disolvió
con el resplandor de Conde?

IBÁÑEZ

El antiguo, hace seis años
humo es, como bien has dicho;
que vienen tras un capricho
un millón de desengaños.
Pero hoy....

DON RODRIGO

Oyéndote estoy,
concluye. ¿Por de contado,
que estarás enamorado?

IBÁÑEZ

Rodrigo, nunca como hoy.

DON RODRIGO

¿Será hermosa?

IBÁÑEZ

Como un oro.

DON RODRIGO

¿Niña?

IBÁÑEZ

Diez y ocho quizás.

DON RODRIGO

Pues ya no la falta más
que ser rica como un moro.

IBÁÑEZ

Lo cierto en ello no sé;
pero en la corte introdujo
su llegada tanto lujo,
que casi escándalo fué.

DON RODRIGO

Pues ¡por Dios, que la fortuna
no se cansa en tu favor!
Pero tendrás de su amor
prendas que.....

IBÁÑEZ

Indignas, ninguna.

DON RODRIGO

Pero ¿rivaes un ciento?

IBÁÑEZ

No, por cierto, mi Rodrigo,
yo solo soy quien consigo
finezas y valimiento.

Es cierto que no hay barón,
hidalgo, conde ó marqués,
que no rindiera á sus pies
su fortuna y su blasón.

No hay trovador ni galán
que en cantares y torneos
no se exceda en galanteos
á Rosa de Montalván.

Todos los ojos en ella
detiene la multitud,
porque tiene de virtud
cuanto de rica y de bella.

Mas ella, por importunos
acredita sus festejos:
todos los ojos, de lejos
la gozan; cerca, ninguno.

Y te aseguro en verdad,
que aunque la amo como un loco,
no estimo, Rodrigo en poco,
por ello mi vanidad.

DON RODRIGO

De tu fortuna me admiro,
Pedro Ibáñez, envidioso;
y más estoy de orgulloso,
cuanto más feliz te miro.

Mas ¿quién es esa hermosa
tan sin tacha de mujer?

IBÁÑEZ

No pude tanto saber.

DON RODRIGO

Pues á fe que es aventura.

IBÁÑEZ

Porque nada se concilia
de haber nacido en la Galia,
y en Aragón y en Italia
tener hacienda y familia.

Su apellido es castellano,
Rodrigo, como tú ves.

DON RODRIGO

Y pienso que también es
hasta francés é italiano.

Pero, pues es rica y bella
y os amáis los dos así,
tanto es ella para ti,
como eres tú para ella.

Cuando estemos más á espacio,
Pedro, me la mostrarás.

IBÁÑEZ

Esta noche la verás.
que ha de venir á palacio.

Por mujer la he de pedir,
y esta noche he de saber
si puede y cómo ha de ser,
que ella me lo ha de decir.

DON RODRIGO

¿Tan pronto?

IBÁÑEZ

Estoy decidido.

Tanto en sus ojos me abraso,
que este mismo mes me caso
si consiente en lo que pido.

DON RODRIGO

Prodigio será en lo bello,
según de perdido estás.

IBÁÑEZ

Esta noche la verás
y decidirás en ello.

Entretanto, hasta después,
que el Rey sale.

DON RODRIGO

Vete en paz,
y que en verla habré solaz
no te olvides.

IBÁÑEZ

Adiós, pues.

Tomó Ibáñez la escalera
que daba al cuarto del Rey
sin que Rodrigo los ojos
un punto apartara de él.
Doblóse detrás de Ibáñez
la mampara en la pared;
el ruido de sus pisadas
se acabó al fin de perder,
y aun le parece que le oye,
que le abraza y que le ve;
tanto el encuentro de Ibáñez
fué á don Rodrigo placer.
Pasaron unos momentos
en que, perdido tal vez
en recuerdos deliciosos,
quedó distraído en pie,
los ojos en la mampara
que cerró al salir aquél,
y una sonrisa en los labios
de verdad y sencillez.
Al fin, soltando un suspiro,
exclamó, el rostro al volver:
«¡Por la Virgen, que me alegro!
¿Quién lo imaginara de él?»

Por la plaza de San Pablo,
ya bien entrada la noche,
del palacio Real volviéndose,

van platicando dos hombres;
y á la luz que reverberan
dos moribundos faroles,
aunque no se ven sus rostros,
sus figuras se conocen.
A corto trecho delante,
y á lentos pasos, recorre
vía igual una litera
seguida de dos hachones;
y entre las verdes cortinas,
á los rojos resplandores
se divisan dos mujeres
sentadas en los sillones.
Atravesaba todo ello
por la obscuridad informe
como de los sueños pasan
fantásticas las visiones.
Y en los criados que alumbran,
y en los oscuros colores
que viste la comitiva
de las cortesanas nobles,
un no sé qué se trasluce
de rápidas precauciones,
que todo parece envuelto
en invisibles vapores.
Al reflejo de las luces
se ven los rostros inmóviles,
los ojos cristalizados
de los negros servidores.
Y algún crédulo dijera
que en tal misterio se esconde
un cumplimiento severo
de las celestiales órdenes.
Mas fuera vano temor
de la ilusión de la noche,
porque entrados en un patio,
los hidalgos se disponen
á recibir á las damas,
á quien parece que rondan,
según del alcázar fueron
detrás de ellos hasta entonces.
—¡Rosa mía! exclamó el uno,
prestando, en los escalones
primeros, el brazo á una,
al parecer la más joven.
—Estáis, don Pedro, servido,
ella pronta respondióle,
abandonando en las suyas
una mano que él recoge.
Mi madre consiente en ello,